EL SENTIDO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA EN COMPARACION CON LA DE EUROPA

POR

ANDRÉS GAMBRA GUTIÉRREZ.

El tema de las relaciones y mutuas dependencias o conexiones entre Europa y España es extremadamente complejo y difícil de abarcar, puesto que su adecuada consideración requeriría, como punto de partida, nada menos que un análisis del contenido histórico y espiritual de ambos términos que fuese equilibrado y admitido por el común de las gentes. Y la triste realidad es que semejante precisión conceptual es difícil de obtener, puesto que se trata de una cuestión —el binomio España-Europa— en extremo polémica y sobre la que inciden las grandes cuestiones ideológicas que dividen hoy, en pugna inconciliable, a nuestros contemporáneos hasta el punto de imposibilitar la elaboración de unos puntos de análisis básicos que sean válidos para todos. Y no es tema que, por secundario o accidental, pueda soslayarse, puesto que su actualidad es acuciante: hoy se nos repite constantemente, a través de todos los medios de difusión, que España ha formado y forma parte de Europa y que, para su ulterior supervivencia, debe incorporarse necesariamente a ella, rompiendo todas las cortapisas existentes, caiga quien caiga y pese a quien pese.

Esta idea —la de que España forma parte de Europa y debe integrarse en ella— podría tener mucho de cierto si se formulase desde una óptica diferente a la que hoy es habitual en los medios de propaganda españoles, pero en el momento actual implica, de hecho y en la voluntad de sus promotores, una peligrosa trampa, un equívoco doloso destinado a justificar y deparar viabilidad a una claudicación gravísima de los valores más esenciales de nuestra patria frente a corrientes ideológicas inconciliables con lo que España

Fundación Speiro

ha sido y representado a lo largo de la historia y, en última instancia, con la concepción cristiana de la vida, que, hasta tiempos relativamente recientes, ha sido el nervio motor de nuestra civilización. El presente estudio no pretende otra cosa que plantear algunas de las ambigüedades que el término Europa encierra en sí mismo y aludir, aunque sea sucintamente y sin la profundidad que la cuestión requeriría, a la génesis en nuestro país de las corrientes europeizantes que gozan de tan gran predicamento en la actualidad.

Europa, símbolo de unidad o símbolo de escisión.

Para aclarar el tema de las relaciones Europa-España es preciso, ante todo, aludir al concepto de Europa, que, a nuestro entender, no es en modo alguno unívoco sino, por su evolución histórica, equívoco. Tres acepciones pueden distinguirse, cuando menos, del término Europa y todas ellas perfectamente válidas si se entienden adecuadamente. Su uso se hace falaz, y puede convertirse en una trampa, cuando se pretende extraer de una de esas acepciones conclusiones o implicaciones que corresponden a otra que encierra connotaciones diferentes. Creemos que es en este punto donde se encuentra la clave del laberinto conceptual de que hoy se valen, con miras propagandísticas, los artífices de la integración de España en Europa.

El primer significado del término Europa es de carácter meramente geográfico. Los griegos utilizaron la palabra Europa con una acepción de este tipo (1), aunque conviene recordar que en la *Teogonía* de Hesíodo —que es el autor griego que empleó, al parecer, el término por vez primera— Europa es el nombre de la protagonista de uno de esos hermosos relatos mitológicos con que los helenos supieron embellecer la historia de su civilización y de sus creencias. Una de las tres mil ninfas oceánidas, Europa, hija del

(1) Sobre este punto y, en general, sobre toda la problemática que gira en tono a la génesis del concepto de Europa puede recurrirse a Bernard Voyenne: *Histoire de l'idée européenne*, París, edit. Payot, 1964. Sobre el mito de Europa, págs. 10 y sigs.

Fundación Speiro

Océano y de Tethys, bellísima niña de ojos claros y piel blanca, fue raptada por Zeus, disfrazado de toro blanco. De sus amores, según este relato mitológico tan original y sugestivo, nació la primera dinastía cretense, fundadora de la que fue cuna de civilización greco-clásica y de toda la cultura occidental.

No vamos a entrar aquí en el análisis de la discutida etimología de la palabra Europa ni en consideraciones en torno a los límites geográficos que configuran al antiguo continente. Bástenos saber que, para los griegos, Europa, aparte de un personaje mitológico, fue el término geográfico con el que designaban a las tierras poco conocidas y misteriosas en que habitaban sus vecinos de las tierras septentrionales, los temibles pueblos «hiperbóreos». Con el paso del tiempo el sentido geográfico del término se fue precisando hasta identificarse con ese extraño apéndice de recortadas costas que prolonga la gran masa continental eurasiática en la dirección del sol poniente.

España, qué duda cabe, y siempre que no ocurra un fenomenal cataclismo que sumerja a la Península Ibérica en las aguas del Mediterráneo o el Atlántico, forma parte de esa Europa entendida en su acepción meramente geográfica. Lo que ocurre es que Europa, en el campo de la historia y de los planteamientos políticos, significa algo mucho más amplio que un ámbito geográfico determinado espacialmente.

Europa implica la idea de una comunidad de pueblos que han participado en una misma historia y han elaborado, con el paso de los siglos, un acervo cultural influyente, más que ningún otro, en el devenir de la humanidad. Pues bien, llegados a este punto, cabe distinguir dos acepciones del término Europa que, aunque definen dos estadios distintos en la historia de la civilización occidental y, en orden cronológico, forman parte de una misma sucesión temporal, son divergentes e incluso antagónicos en su significado espiritual más hondo. Dos acepciones que reflejan la íntima tragedia de la civilización europea, primero dotada de profunda unidad y después desgarrada por un enfrentamiento ideológico de enormes dimensiones y que parece encontrarse hoy en su fase culminante, cuando ya Europa ha perdido, Dios sabe si definitivamente, el papel de primer protagonista en el devenir de la cultura humana.

Fundación Speiro

La primera de estas acepciones sería la que identifica Europa con la civilización medieval que, surgida de las ruinas del mundo greco-romano, alcanzó su plenitud en los siglos XII y XIII para luego decaer en los siglos XIV y XV. Europa, en este sentido, alude al solar y conjunto de pueblos que vieron crecer la Cristiandad de la Edad Media. Europa, entendida como Cristiandad medieval, es el primero de los significados a que antes aludíamos y encarna el gran momento de la historia europea, aquel en que Europa estuvo dotada de una dimensión unitaria y de un dinamismo creador sin sombras de escisiones internas.

La civilización greco-romana, aunque elaboró un patrimonio cultural de capital importancia transmitido posteriormente en un proceso histórico complejo al mundo medieval cristiano, no fue geográficamente europea sino más bien mediterránea. Se situaba, alrededor del *Mare Nostrum,* a caballo sobre tres continentes —Asia, Africa y Europa— importantes por igual en la génesis y desarrollo de la civilización grecolatina. Fue en su seno donde —en la «plenitud de los tiempos»— se encarnó el Hijo de Dios y predicaron sus discípulos; pero la cristianización del Imperio sólo tuvo lugar en vísperas de su destrucción, ocurrida a lo largo del siglo V.

A partir de la crisis del Imperio romano, y en un proceso lento que estuvo precedido de un profundo retroceso de las letras y de las artes, se fue constituyendo una nueva civilización —la medieval—, cuyo elemento motor y aglutinante fue, precisamente, el Cristianismo. Esta nueva civilización, la Cristiandad, fue esencialmente europea y no ya mediterránea. El *Mare Nostrum* había perdido la unidad cultural de antaño y, sobre todo a partir de las invasiones musulmanes de los siglos VII y VIII, perdió también su milenario papel de gran arteria de comunicaciones intercontinentales. Las predicaciones de los monjes romanos, irlandeses y anglosajones ensancharon poco a poco los límites de aquella civilización, monástica en sus orígenes y siempre profundamente religiosa en todas sus manifestaciones, hasta alcanzar los márgenes septentrionales de Europa. Pueblos paganos y ajenos por completo a la civilización romana, como los germanos de allende el Rhin o los que protagonizaron las terribles oleadas invasoras de los siglos IX y X (húngaros y normandos o escandinavos), fueron poco a

Fundación Speiro

poco catequizados e integrados en la gran familia de los pueblos cristianos. El «Drang nach dem Osten» de que hablan los alemanes extendió la civilización de la Cristiandad, en un proceso multisecular y dinámico, hacia las llanuras de Centroeuropa y Europa Oriental.

El importante historiador francés Leopold Genicot ha resumido con acierto el papel desempeñado por la Iglesia en los siglos alto-medievales, cuando la Cristiandad europea se hallaba en trance de gestación: «La Iglesia, al difundirse en Occidente, hacía algo más que aportarle una creencia. Puesto que era una, le deparaba su unidad. Unidad por encima de los individuos y de sus concepciones personales: el dogma, aunque mal conocido, lo era suficiente como para dictar a todos una sola visión del universo. Unidad por encima de los reinos y de las razas y, sobre todo, de la oposición entre bárbaros y romanos, cuya persistencia habría comprometido o entorpecido el desarrollo de la civilización: «No hay ya ni escita, ni aquitano, ni lombardo, ni alemán —dijo por entonces Agobardo de Lyon—, pues el Señor ha sufrido la Pasión para que, en su sangre, fuesen acercados aquellos que se hallaban alejados y desapareciesen las separaciones". Unidad por encima de las culturas: al revés que otras confesiones, extrañas al espíritu latino, como, por ejemplo, el Islam, el Cristianismo, nacido en el Imperio y convertido en su religión, constituía el lazo de unión entre el mundo antiguo y los nuevos tiempos. La piedra angular de la Edad Media estaba colocada: la adhesión al mismo credo interpretado por el mismo jefe» (2).

Vemos, pues, que Europa adquirió desde los inicios de la Edad Media, por vez primera en su historia, una personalidad propia, en íntima conexión con el desarrollo de la gran civilización cristiana. Son innumerables las fuentes históricas que ponen de relieve que ya los hombres de aquella época tuvieron clara conciencia de la identificación existente entre Europa y la civilización de inspiración cristiana que entonces alboreaba.

Podemos citar algunos ejemplos extraídos de fuentes históricas

(2) Leopold Genicot: *Les lignes de faîte du Moyen Âge*, París, 1969, pág. 71. El libro de Genicot es un manual de calidad extraordinaria, muy recomendable para quien desee obtener una visión de conjunto del período medieval.

Fundación Speiro

de primer orden que avalan la identificación a que aludimos y la percepción que de ella tuvieron los contemporáneos.

Cuando el anónimo continuador de la crónica de Isidoro de Beja relata los pormenores de la batalla de Poitiers (732), el primero y decisivo éxito militar obtenido por la naciente Cristiandad occidental frente al expansivo Islam, que parecía llamado a sumergir todo el mundo conocido, al referirse a la abigarrada coalición de francos, celtas, iberos y sajones reunidos a las órdenes de Carlos Martel en aquellos momentos de gravedad extrema, habla en dos ocasiones sucesivas de europeos (3). Bernard Voyenne sintetiza con acierto la importancia de este testimonio histórico: «¿Qué mejor nombre podía encontrarse para designar a lo que aún no era comunidad y era ya mucho más que un agregado informe de pueblos? Es emotivo que estos europeos aparezcan en el relato de la primera batalla de Europa». Es decir, en la primera batalla de la Cristiandad.

A finales del siglo VIII, el nieto de Carlos Martel, Carlomagno, constituyó un amplio Imperio que abarcaba, con exclusión de la Península Ibérica y de las Islas Británicas, todos los territorios que habían sido cristianizados en el período anterior y daba perfil, aún embrionario, al mundo de la Cristiandad europea, que adquiriría plena configuración en los siglos XII y XIII. Por entonces, cuando el gran Alcuino de York, animador principal del célebre «Renacimiento Carolingio», tan importante en la génesis de la cultura medieval europea, alude a la restauración la dignidad imperial por Carlomagno, prefiere hablarnos no ya del «Imperium Romanum», que muerto estaba para no resucitar nunca, sino de un nuevo imperio, el «Imperium Christianum», con vigorosas ansias de universalidad, pero con unas raíces espirituales no ya paganas, sino esencialmente cristianas (4). Por las mismas fechas, un poeta —que se cree pueda ser An-

(3) Citado por Jean de Pange: *Les Européens*, en *La Table Ronde*, número 113, mayo 1957.

(4) Citado por Louis Halphen: *Charlemagne et l'empire carolingien*, París, edit. Albin Michel, 1968, pág. 115; tb. Bernard Voyenne, *op. cit.*, pág. 40. Sobre el cambio de carácter de la idea imperial, interesante análisis en Robert Folz: *L'idée d'Empire en Occident du Ve au XIVe siècle*, París, 1953, págs. 31 y sigs. Suyas son las consideraciones que traducimos a con-

Fundación Speiro

gilberto—, en una composición de carácter épico, exalta a Carlomagno como «el rey Carlos, cabeza del mundo y cima de Europa» (5). Y el poeta Catulfo, al recordar al emperador, que se hallaba revestido a los ojos de sus contemporáneos de un carácter casi sacerdotal, las obligaciones propias de su dignidad, le recomienda que encamine todas sus obras hacia Dios; a Dios, a quien debe sus triunfos y su dominio sobre «Europa» (6).

Europa, por lo tanto, fue el marco geográfico sobre el que se asentó la Cristiandad medieval. Se identificó con ella durante un milenio, y el desarrollo de aquella civilización de inspiración cristiana, constituyó, sin duda, el momento más glorioso de la historia del Occidente europeo. Fue aquélla una época sin par, en la que todos los pueblos del Antiguo Continente estuvieron unidos y animados por el vínculo más fuerte que puede unir a los miembros de una comunidad: la misma fe. El Cristianismo fue el poderoso fermento que vivificó, deparándoles medular unidad, las concepciones políticas de aquella época, su organización social, su cultura, su arte y sus empresas comunes —las Cruzadas, la Reconquista hispánica y la multisecular penetración en las llanuras de Centroeuropa—, que implicaron un proceso de asimilación cristianizadora de nuevos pueblos, paulatinamente incorporados a la Cristiandad europea. Durante la Edad Media la verdadera comunidad de los hombres de Europa no fue ni

---

tinuación, en torno a la coronación de Carlomagno en el año 800: «Fue, a fin de cuentas, la religión cristiana la que deparó al nuevo Imperio su consistencia esencial. Su carácter fundamental, tanto si se pone a la idea imperial en relación con Roma como si no, es éste: al igual que antes del año 800, el Imperio de Carlomagno es el *Imperium Christianum*. El único cambio que se observa con relación a la primera parte del reinado es que la dignidad imperial refuerza aún más el magisterio espiritual y moral de Carlomagno, al que vemos encargarse, más que en el pasado, de la salvación del pueblo de Dios. Se avanza así hacia la realización del Agustinismo político: el Estado concebido como el reino de la Sabiduría y preparación de la Ciudad de Dios, penetrado por lo espiritual, la confusión entre la Iglesia y el Imperio en una misma Cristiandad occidental. La idea imperial de Carlomagno es, ante todo, una visión religiosa del orden del mundo» (*op. cit.*, pág. 35).

(5) Citado por L. Halphen: *op. cit.*, pág. 115.

(6) Ibídem, pág. 182.

Fundación Speiro

los reinos ni las naciones, sino una entidad más amplia, la «Christiana Respublica».

De Genicot son las palabras que traducimos a continuación y en las que, con términos precisos y en acertada síntesis, se desarrolla la idea que acabamos que expresar: «Fue la Iglesia quien configuró la unidad profunda y la originalidad de la civilización medieval. Fue ella quién proporcionó su "visión del mundo" a sabios y artistas y les permitió crear obras nuevas a partir de elementos antiguos "informados" por un nuevo espíritu. Fue ella quien fundó ese equilibrio característico en el que cada cosa encuentra sin dificultad su lugar exacto en un conjunto pensado por Dios y revelado a los hombres. Ese equilibrio, en el que cada ser es a la vez el mismo y otra cosa, dotado de valor personal y de valor simbólico. El ejemplarismo agustiniano ha desbordado la teología; se encuentra en los santos, en los campesinos y en las flores esculpidas en Chartres o París, e incluso en el amor que une para siempre a Tristán e Iseult. Todo es obra y reflejo de lo eterno» (7).

Es interesante observar cómo, a principios del siglo XIX, cuando Europa intentaba sobreponerse a la terrible sacudida revolucionaria que, prolongándose a lo largo de más de un cuarto de siglo, había devastado los últimos restos que aún pervivían, en la modernidad, del mundo de la Cristiandad medieval, el célebre Saint-Simon, que fue inspirador de uno de los primeros movimientos ideológicos de carácter socialista del mundo contemporáneo, supo ver con acierto la grandeza de los siglos medievales, en un momento en que esta época de la historia de Europa era todavía, por influjo del criticismo antropocéntrico del Renacimiento, objeto de general menosprecio. Suyas son estas interesantes palabras, que se recogen en su *De la reorganisation de la société européenne* (1814): «Antes del final del siglo XV todas las naciones de Europa formaban un solo cuerpo político, apacible en su interior y bien armado contra los enemigos de su constitución y de su independencia. La religión romana, practicada de un extremo a otro de Europa, era el lazo pasivo que unía a la sociedad europea; el clero romano era el lazo activo. Extendido por do-

(7) L. Genicot: *op. cit.*, pág. 236.

Fundación Speiro

quier, dependiente en todas partes sólo de sí mismo, compatriota de todos los pueblos y dotado de gobierno y leyes propias, el clero era el centro del que emanaba la voluntad que animaba a ese gran cuerpo y el impulso que le movía a actuar».

Pues bien, si entendemos el término Europa en este sentido, es decir, como el marco espacial propio de la Cristiandad medieval, la comparación o paralelismo entre la historia europea y la de España se resuelve sin dificultad: España fue un miembro activo de aquella Cristiandad europea, diversa, pero profundamente unida y sin fronteras en lo esencial. La historia de los reinos hispánicos de aquel período es paralela y, en sus líneas maestras, similar a la del resto del Occidente europeo. Participó España de la misma cultura y de idénticas corrientes espirituales y artísticas; brillaron aquí las mismas órdenes religiosas, Cluni y el Cister, que allende los Pirineos, cubriendo el solar hispánico de innumerables centros monásticos y conventuales; España tuvo reyes fieles, como pocos en Europa, al Pontificado y participó intensamente en el proceso formativo de los grandes ciclos artísticos de la plenitud medieval, el románico y el gótico. La presencia en tierras gallegas de la tumba del Apóstol Santiago hizo que convergiera en el Norte peninsular una de las grandes rutas de peregrinación que tanta importancia tuvieron en el medievo, y, a través de Cataluña, España se abrió ampliamente a las corrientes comerciales y culturales del ámbito mediterráneo. Y si no intervino más que de forma episódica y accidental en las grandes Cruzadas a Tierra Santa fue porque España —rasgo éste, sí, peculiar del mundo hispánico en el espacio europeo— tuvo una Cruzada propia frente al Islam, asentado desde el siglo VIII en el solar peninsular, que se resolvió mediante un proceso reconquistador multisecular. Pero en esta tarea España no estuvo aislada, sino que contó con el apoyo moral decidido del resto de Europa, que siempre tuvo conciencia de sus deberes de ayuda y socorro hacia aquella parcela de la Cristiandad amenazada por el infiel que era España. Sobre todo en los siglos XI y XII, y aunque con una eficacia que en general dejó mucho que desear, debido a su inexperiencia en los asuntos hispánicos, fueron numerosos los cuerpos expedicionarios que desde el otro lado de los Pirineos acudieron para poner a contribución sus armas en los gran-

Fundación Speiro

des episodios de la Reconquista (8). Es emocianante pensar que en uno de los frisos laterales de la espléndida fachada de la catedral románica de Angulema, una de las más hermosas de Francia, se representa la famosa carga de Daroca, que precedió a la batalla de Cutanda de 1120. En este encuentro, en el que se derrumbó el prestigio militar que aún quedaba a los Almorávides y se consolidó la ocupación aragonesa del valle del Ebro, intervinieron en número importante tropas francesas al mando del duque de Aquitania. Testimonio emotivo éste de una contribución europea a la historia de España bien distinta, de inspiración esencialmente opuesta —y ello es revelador de las contradicciones de la historia europea— a la que, en tiempos contemporáneos, significó en nuestra patria la presencia de las brigadas internacionales.

Europa, símbolo de contradicción. España frente a Europa.

España, cuando Europa era una comunidad de reinos y pueblos bien trabados y unidos entre sí, sí que fue Europa, y ojála que esa Europa pudiese renacer y fuese de ella, y no de otra bien distinta, de la que nos hablan los apóstoles del actual europeísmo.

Pero no, no podemos engañarnos. La realidad actual es bien distinta y la propaganda europeísta apunta hacia metas muy diferentes, desde luego, de una reconstrucción de la Cristiandad medieval.

Y es que el término Europa puede entenderse con un sentido muy distinto al que entraña la noción de Europa-Cristiandad. El mundo occidental ha atravesado por varios momentos de profunda ruptura de su evolución histórica, hasta ver dislocado por completo ese armazón de creencias unitarias que caracterizaba la época de la Cristiandad. De aquí que la palabra «Europa» pueda utilizarse —y es éste un uso del término válido y útil en la medida en que permite marcar las distancias entre la antigua Cristiandad y la Europa laica— para designar a la civilización que surge a partir de la época rena-

(8) Sobre las Cruzadas venidas de allende los Pirineos, síntesis interesante en Marcelin Defourneaux: *Les Français en Espagne aux XIe et XIIe siècles*, París, 1949, págs. 125-193.

Fundación Speiro

centista, cuando el mundo medieval se desmorona y comienza la época moderna (9). En este sentido, ciertamente, el término Europa implica unas connotaciones bien distintas; alude a una realidad totalmente diferente, a la que representa ese mismo término entendido como solar de la Cristiandad. La nueva Europa, la posrenacentista es no sólo distinta, sino contraponible, en los rasgos esenciales de su armazón ideológico y espiritual más íntimo, a la anterior.

La Cristiandad comenzó a cuartearse a partir del siglo XIV, iniciándose entonces un período de crisis profunda que culminaría en el siglo XVI. El proceso es complejo y, por lo demás, conocido. No podemos aquí sino recordar sus líneas maestras.

La crisis que rompió la multisecular unidad de la vieja Europa cristiana fue doble. Por un lado se trató de una gravísima escisión espiritual que cuarteó la unidad de creencias del mundo occidental (10). La filosofía occamista, primero, impuso un nuevo estilo mental, fundamentado sobre principios racional-individualistas, que cerraba la gran época de las Summas de los siglos XII y XIII e imposibilitaba en el porvenir la prosecución del magno esfuerzo de la civilización medieval por compatibilizar con la mayor precisión posible fe y razón, y armonizar todos los conocimientos y facetas del saber humano, según un plan unificador y jerarquizado en cuya cima se encontraba Dios.

---

(9) En este sentido, la interpretación de Francisco Elías de Tejada: «Europa no nace en el círculo de Carlomagno, que es la restauración del Imperio cristiano en jerarquización orgánica de pueblos, más tarde presidida por los emperadores germánicos; Europa nace, por el contrario, al conjuro de las ideas llamadas por antonomasia modernas, en la coyuntura de romperse el orden cerrado del medievo cristiano. La Edad Media de Occidente desconocía el concepto de Europa, porque sólo sabía de su antecesor: el concepto de Cristiandad», en *La Monarquía Tradicional*, Madrid, 1954, pág. 35.

(10) L. Genicot, al aludir a la unidad espiritual de Occidente en su interesante libro, pone de relieve la inexistencia de fisuras verdaderamente serias a lo largo de la Edad Media. Sólo la cuestión de la compatibilidad entre gracia y libertad apartó de la ortodoxia a grupos siempre minoritarios (Pelagio en el siglo V y Gottescalk en época carolingia), que no alcanzaron eco alguno. «Sólo a final de la Edad Media —observa Genicot— con Lutero y Calvino, este problema, que se podría denominar "el problema occidental", provocaría la ruptura de la unidad doctrinal», *op. cit.*, pág. 70.

Fundación Speiro

El Renacimiento paganizante, después, vino a arropar, en un imposible y falaz retorno a la Antigüedad, una cultura que decididamente se hizo criticista, laica y antropocéntrica, con olvido de la idea, clave del período medieval, de que toda la creación está subordinada y ordenada a Dios.

Aquella compleja ruptura espiritual culminaría en el siglo XVI en la revolución protestante que destruyó definitivamente la unidad de fe de la Cristiandad, dividiendo a los cristianos en bandos irreconciliables y transformándolos en «europeos» que se verían obligados, en el porvenir, a buscar un difícil equilibrio político y social en fórmulas artificiosas y siempre superficiales, puesto que no existía ya una concepción común de los quehaceres de esta vida y del más allá.

Junto a esta escisión espiritual, y en íntima conexión con ella, se va a producir también una compleja escisión social y política, con raíces viejas, pero que ahora, en el siglo XVI, va a consumarse: la aparición del «nacionalismo» en el seno de unas monarquías europeas que se afianzan y organizan de forma autónoma, marginando, cuando no enfrentándose abiertamente, a los poderes universales, el Pontificado y el Imperio, que hasta entonces habían encauzado, en el orden político, las ansias unitarias del mundo medieval. Vemos, por tanto, que el individualismo, en su doble faceta religiosa y política, fue la causa profunda de la crisis del bloque unitario medieval.

Surge así la otra Europa, la Europa revolucionaria de la modernidad, la que algunos autores designan simplemente como Europa sin adjetivos, en contraposición con la Cristiandad medieval.

Y no se piense que a Europa le fue fácil lanzarse por la nueva ruta, que se prolongaría tras el Renacimiento y la Reforma —a lo largo de un proceso revolucionario escalonado en etapas íntimamente trabadas entre sí en el clasicismo del siglo XVII, la Ilustración, la revolución francesa y el marxismo materialista que amenaza con sumergir al mundo actual (11)—. Desde un principio, la implantación de la

(11) Interesante síntesis de Elías de Tejada, en *op. cit.*, pág. 37: «la Cristiandad muere para nacer Europa cuando ese perfecto organismo se rompe desde 1517 hasta 1648 en cinco rupturas sucesivas, cinco horas de parto y crianza de Europa, cinco puñales en la carne histórica de la Cristiandad. A

Fundación Speiro

nueva cultura, el afianzamiento de la nueva Europa estuvo jalonado por pugnas civiles de gravedad extrema, sin que casi ningún rincón del viejo continente se viese libre de ellas.

En Inglaterra, Enrique VIII tuvo que imponer por la fuerza el Acta de Supremacía, iniciando con ello un proceso de inestabilidad política y religiosa que encontraría su prolongación lógica en las revoluciones del XVII. En Alemania, la aparición del luteranismo abrió un dilatado período de conflictos que sólo conoció un momento de pausa cuando el emperador Carlos V, agotado, tuvo que ceder en la Dieta de Augsburgo (1555) sobre la base del principio del «cuius regio», ante las pretensiones disgregadoras de los príncipes heterodoxos, para después renacer con violencia redoblada en la terrible Guerra de los Treinta Años que fue, sobre todo, un conflicto religioso en el que las potencias europeas intervinieron activamente para desbaratar los últimos intentos de los Habsburgo por mantener la unidad religiosa y política del mundo germánico. En Westfalia (1648) se afirmó la igualdad de las «tres religiones» (catolicismo, luteranismo y calvinismo) y se consumó ...en beneficio de la hegemonía francesa— la fragmentación definitiva de Alemania y la pérdida de la poca efectividad que aún conservaba el Sacro Imperio (12).

---

saber: la ruptura religiosa del protestantismo luterano, la ruptura ética con Maquiavelo, la ruptura política por mano de Bodin, la ruptura jurídica en Grocio y en Hobbes y la ruptura definitiva del cuerpo místico cristiano en los tratados de Westfalia. Desde 1517 hasta 1648, Europa nace y crece, y a medida que nace y crece Europa, la Cristiandad fallece y muere».

(12) Penetrante análisis de espíritu de Westfalia hace Jaime Vicens Vives en su *Historia General moderna,* Barcelona, 5.ª edic., 1967, vol. I, pág. 301: «En lugar de una comunidad armónica de naciones, presidida por el Papado y el Imperio, Westfalia basó la estructura de Europa en una serie de estados nacionales laicos, relacionados por vínculos políticos y económicos, en los cuales era dable presumir un «potencial antagónico». Por tanto, en lugar de un orden "tradicional" se propendió a un orden "racionalista", en que debía darse cabida a las diferencias de poder político y de fortuna militar. La paz podía ser dictada según las conveniencias del poderoso, y vulnerada, a su vez, por otro estado más potente o afortunado. Al cosmopolitismo medieval sucedió la fragmentación nacional moderna. A la influencia generosa y sutil del Papado y del Imperio, como jerarcas de la Cristiandad, la

Fundación Speiro

Y lo mismo podemos decir de la Francia de este período. En la segunda mitad del siglo XVI la vida francesa se vio ensangrentada por las terribles Guerras de Religión, que fueron el resultado de las pretensiones de los calvinistas o hugonotes de constituir, dentro de una sociedad que aún era profundamente cristiana, un «Estado dentro del Estado».

Aquella Europa dividida se fue adaptando con el paso del tiempo a su nueva situación y se sobrepuso paulatinamente a sus crisis interiores. Pero no debe olvidarse —frente a las corrientes historiográficas que pretenden presentárnosla como un logro del espíritu humano revestido de valor absoluto— que la Tolerancia que nació entonces, si desde la triste realidad de aquel entonces era sin duda necesaria, en verdad no representa otra cosa que una muleta, una terapeútica de urgencia, para una sociedad que había perdido su unidad esencial, y sufría las consecuencias lógicas de un proceso revolucionario que llevada en su seno religioso fermentos de desagregación en todos los órdenes.

Es precisamente en esta época —que presenció la agonía de la Europa-Cristiandad y el nacimiento de otra Europa, la individualista y revolucionaria, la Europa de la modernidad— cuando España se separa del resto de Occidente e inicia una andadura distinta y, es más, abiertamente antagónica en sus directrices esenciales, de la del resto de Europa.

Vicente Palacio Atard, en un artículo luminoso para el tema que

---

falta absoluta de un poder que regulara, en suprema instancia, los intereses particularistas de los estados antagónicos. A la guerra ideológica del siglo XVI, la guerra territorial del XVII y las combinaciones del "equilibrio europeo" del XVIII. En definitiva, Wetfalia introdujo en el ambiente internacional la inquietud que el Renacimiento había llevado al corazón de cada individuo.

El orden territorial de Westfalia descansó sobre un hecho patente y positivo: el desquiciamiento de Alemania... El imperio medieval, coherente a pesar de los particularismos notorios, fue reemplazado por una atomización estatal sujeta a la influencia y el genio de Francia. En Westfalia remataba el camino iniciado en la Bula de Oro. Teóricamente aún existía un emperador de Alemania; pero sin atribuciones en ningún orden más que en cuanto respondieran a la voluntad de los grandes príncipes».

Fundación Speiro

nos ocupa, ha puesto de relieve cómo en aquella difícil coyuntura fueron posibles dos formas distintas de concebir la entraña y el porvenir de los pueblos de Europa, dos antagónicas «posibilidades de desarrollo de la modernidad» (13).

Una de estas corrientes era revolucionaria, «puesto que irrumpía contra lo anterior y era abiertamente anticatólica, ya que, al inscribirse en la corriente de racionalismo individualista que se abría paso a la sazón, iba directamente contra la catolicidad —contra la universalidad— humana y contra el espíritu religioso, porque en virtud de ella se desplaza a Dios del primer plano de la actividad religiosa para ser sustituído por el Hombre, y se niega también la comunidad de fines sobre la tierra, reconociéndose, en cambio, los fines individuales de cada comunidad nacional, la razón de Estado».

La otra corriente, en cambio, era tradicionalista y aspiraba a conservar los valores esenciales de la Cristiandad, entonces tambaleante, para proyectarlos, renovados y depurados de los vicios y corruptelas bajo-medievales, hacia el porvenir. «La otra posibilidad para el desarrollo del mundo —dice Palacios Atard textualmente— era tradicionalista y quería conservar los elementos fundamentales del orden medieval, pero admitiendo la superación de todos aquellos susceptibles de ser superados». Era una corriente de inspiración católica, enemiga del individualismo antropocéntrico del Renacimiento y de la Revolución protestante, y no retardataria, sino, muy al contrario, ansiosa de desarrollar las inmensas virtualidades que el mundo de la Cristiandad encerraba en su seno. «El desafortunado nombre de Contrarreforma en el que está englobada ha sido dado "a posteriori" y, precisamente, por los polemistas que tuvieron interés en que quedara fichado como un proceso cultural de signo negativo» (14).

España, frente al resto de Europa, recogió esta segunda opción, dando comienzo así a una empresa original, de envergadura extraordinaria. Laín Entralgo lo observa cuando junto a la «modernidad

---

(13) Vicente Palacio Atard: *Razón de España en el mundo moderno*, en *Arbor*, núm. 50, febrero 1950. Reedic. en *Historia de España*. Estudios publicados por la revista *Arbor*, Madrid, 1953. Las citas que se enumeran a continuación corresponden a la paginación de la citada reedición.

(14) V. Palacio Atard: *op. cit.*, págs. 723-724.

Fundación Speiro

europea» distingue el desarrollo de una «europeidad hispánica»; lo que Laín denomina con términos acertados «el proyecto de una Cristiandad posrenacentista» (15).

España, gracias a la firmeza de los Reyes Católicos y a la acción de un puñado de reformadores decididos, había sido capaz de depurar sus instituciones eclesiásticas hasta eliminar todas aquellas debilidades y corruptelas, herencia de los tiempos de crisis bajo-medievales, que pronto iban a ser utilizadas por los protestantes en la Europa nortealpina como caballo de Troya para echar por tierra el edificio de la Cristiandad medieval. Incluso un historiador como J. H. Elliot —poco inclinado por el talante liberal de sus puntos de vista a resaltar las grandezas de nuestro pasado y de nuestros reyes— lo reconoce sin doblez: «Cisneros contribuyó a dar a la Iglesia española fuerza y vigor nuevos en un momento en que la Iglesia se veía duramente atacada en todas partes. En una época en la que el deseo de una reforma eclesiástica radical corría por la Cristiandad, los gobernantes de España asumían personalmente la reforma de su país... En este caso, como en tantos otros de sus actividades de gobierno, Fernando e Isabel desplegaron una habilidad audaz para tomar la iniciativa y dar forma visible a las aspiraciones poco definidas de sus súbditos» (16).

España se negó a renunciar a la civilización de inspiración cristiana que había caracterizado su devenir medieval y el de aquella otra Europa, la Europa-Cristiandad, en la que hasta entonces había estado armónicamente integrada. Y España supo demostrar —a pesar de las inmensas dificultades que en aquellos tiempos encerraba una tarea semejante— que era posible configurar una civilización dinámica y creativa sobre bases políticas y culturales modernas y, a la vez, henchidas de espíritu católico: nuestro Siglo de Oro y la conquista de América son buena prueba de ello.

Pero España no se conformó con esto. Con Carlos V, Felipe II y sus sucesores al frente, aspiró a evitar, fuera de sus fronteras, la ruina de la unidad cristiana de Occidente. Como apunta también

(15) P. Laín Entralgo: *España como problema*, Madrid, 1943, pág. 13.
(16) J. H. Elliot: *La España Imperial*, Barcelona, 1969, pág. 103.

Fundación Speiro

Palacio Atard, «España no se resigna a contemplar como espectadora impasible la ruina de la unidad cristiana de Occidente. Y ocurrirá así un hecho asombroso: mientras los demás países hacen política nacional, los españoles prescinden de sus intereses locales y hacen política universal» (17). Una política universal atrevida, orientada —por encima de intereses dinásticos y apetencias territoriales— a apuntalar la unidad religiosa de aquella Europa cristiana en trance de desaparecer y a evitar la configuración de un orden político nuevo que, al articularse sobre bases nacionalistas e individualistas, desconocía los fundamentos profundos de una concepción cristiana de la sociedad, que a los ojos de muchos de sus contemporáneos era considerada como menospreciable o carente de porvenir. Y si esta política puede vincularse a los intereses de la casa de Austria —como tantos historiadores afirman hoy de modo insistente con el ánimo de desvirtuar la grandeza de miras de aquella dinastía—, lo es en la medida en que, precisamente, los Habsburgo fueron los continuadores de los ideales medievales y supieron identificarse con los designios más profundos de sus súbditos, que deseaban seguir siendo miembros de la Cristiandad y del Imperio. Fue aquélla una tarea grandiosa, cuyo olvido implicaría el desconocimiento de la clave de nuestra historia y de nuestro mayor timbre de gloria.

La lucha bisecular de España en defensa de los intereses de la Cristiandad en trance de desaparición concluyó en un dilatado proceso de agonía, que se cerró con la ruina de la España grande del siglo XVI y con su inevitable y lógica exclusión de la nueva Europa en gestación. Desde una perspectiva actual, parece que no podía haber sido de otro modo: todas las potencias protestantes se coaligaron contra ella y contaron con el apoyo de las que aún eran católicas, pero inspiraron su política exterior en intereses nacionales y en la razón de Estado.

Buen ejemplo de este oportunismo, que fue fatal para la causa de la Cristiandad, lo ofrece Francia, el país que por su trayectoria histórica medieval mereció el título de «hija predilecta de la Iglesia». Francisco I, prototipo del monarca renacentista, no dudó en aliarse

(17) V. Palacio Atard: *op. cit.*, pág. 725.

Fundación Speiro

en contra de España con Solimán el Magnífico, sultán de los turcos y el peor enemigo de la Cristiandad de entonces, e incluso llegó a lanzar contra ella a los terribles piratas argelinos. «Los turcos mantienen ocupado al Emperador y así garantizan la seguridad de los príncipes»; cuéntase que dijo el rey de Francia a los venecianos. El célebre historiador Banville, aunque tiende a justificar aquella política por la difícil situación en que se hallaban los asuntos del rey francés, no puede menos de reconocer que «esta alianza con el infiel era el final de la idea de Cristiandad» (18). Mazarino y Richelieu, príncipes de la Iglesia, tampoco vacilaron años más tarde en aliarse con los protestantes del Centro y Norte de Europa, y cuando, tras el desastroso tratado de Westfalia, que consagró el ocaso definitivo del orden imperial en Centroeuropa, España resiste aún y con éxito, Francia sólo pudo imponer su hegemonía con la ayuda del calvinista radical y regicida que fue Cromwell (19).

Y no se piense que los reyes de España estuvieron aislados en el desarrollo de aquella gran empresa; contaron en todo momento con el apoyo de sus súbditos, que lamentan los sufrimientos y penalidades que, como consecuencia de un estado de guerra casi permanente, se abatían de forma constante sobre sus haciendas, pero animan a sus reyes a mantenerse, cueste lo que cueste, en la ruta emprendida. Los cuadernos de cortes y los escritos de numerosos tratadistas españoles de los siglos XVI y XVII son buen testimonio de ello (20).

---

(18) Jacques Banville: *Histoire de France*, París, 1924, edic. Livre de poche s. f., pág. 126.

(19) J. Vicens Vives, tras analizar el mermado potencial bélico de España y Francia después de Westfalia, observa: «La situación militar se presentaba tan equilibrada, que el mismo Mazarino inició negociaciones de paz con vistas a una solución del conflicto por un enlace dinástico entre las dos coronas. Sin embargo, en el Occidente de Europa era preciso contar con un nuevo factor desde que Cromwell había restablecido la potencialidad militar, política y naval de Inglaterra. Mazarino, tan poco escrupuloso en materia de fe como su predecesor, supo atraer a su causa a la Inglaterra puritana, sometida todavía a ideales religiosos y nacionales que se aunaban en una actitud de hostilidad respecto a España», *op. cit.*, vol. I, pág. 313.

(20) Observaciones interesantes sobre esta cuestión en V. Palacio Atard, *op. cit.*, pág. 725.

Fundación Speiro

Palacio Atard, a quien no nos resistimos a citar una vez más, da buena cuenta de aquellas interpretaciones que sólo ven en nuestra historia de aquella época un largo rosario de errores, resultado de una política miope y sin sentido de la realidad: «No fue un camino para deficientes mentales el que recorrieron nuestros antepasados. Fue, sencillamente, otro camino, distinto del que ha recorrido la Europa moderna. La otra forma de presentarse la modernidad en el mundo europeo. Esta es precisamente la razón de España en el mundo moderno: haber demostrado que había otra posibilidad de vida» (21).

España salió exhausta, arruinada económicamente y también moralmente, de aquellas guerras. Pero le corresponde el noble título de haber intentado frente a todos, como testigo último de los ideales de Cruzada que el laicismo de los nuevos tiempos parecía llamado a arrinconar definitivamente, que la Cristiandad sobreviviera.

No se piense que propugnamos que todo fue perfecto en la política internacional española de aquellos tiempos. Sería miopía u orgullo vano, aunque —qué duda cabe— una actitud semejante sería justificable como lógica reacción frente a los denuestos que tirios y troyanos acumulan hoy sobre nuestro pasado. Es preciso distinguir en este terreno dos cuestiones distintas. Por un lado, la inspiración, el *filum* rector de aquella política, que creemos fue grande y única en la historia. Por otro, su desarrollo y aplicaciones concretas, que pudieron dejar —de hecho, así fue, sin duda— mucho que desear en momentos o situaciones concretas. Y es que España tuvo que enfrentarse con dificultades inauditas que no era dable sortear con el solo ingenio humano. En muchos casos sobró, tal vez, grandeza de miras y faltó sentido práctico y noción de las posibilidades reales. Hubo, probablemente, empeños y actitudes empecinadas que no debieron existir. Se clamó por reformas interiores destinadas a consolidar la economía y la estabilidad interior que fueron desatendidas. Nuestro siglo XVII encierra matices de decadencia y corrupción moral que no pueden desconocerse y la crítica histórica puede —qué duda cabe— desvelar errores sin ser, por ello, tachada necesariamente de antiespañolía.

---

(21) Ibídem, pág. 728.

Fundación Speiro

España, tras la crisis del siglo XVII, había quedado, de hecho, excluida del mundo europeo y, por el momento, fuera de combate. Semejante exclusión se debía —como hemos tenido ocasión de poner de relieve— no a razones casuales o de índole accidental, como tantos «europeístas» del momento presente creen o fingen creer, sino a motivaciones muy profundas, enraizadas en el inevitable antagonismo entre dos concepciones divergentes de la vida y de la política, cristiana y tradicionalista una —la española— y antropocéntrica y revolucionaria la otra —la de la Europa de la modernidad—.

Corrientes europeístas en la España contemporánea.

A partir de la derrota comenzó una nueva etapa en la historia de nuestra patria, una época de divisiones internas, de replanteamientos fundamentales, que, prolongándose hasta hoy, ha tenido como consecuencia trágica el desgarramiento de la, hasta entonces ejemplar, unidad espiritual de nuestro pueblo. Inicióse, a partir de aquel momento, la época en que, frente a la actitud necesariamente defensiva de aquellos que, ante un mundo exterior adverso, pretendían observar una actitud coherente con el pasado y salvaguardar el patrimonio cultural cristiano de nuestra patria, se alzó, tímido al principio, orgulloso más tarde, arrollador hoy, un nuevo pabellón. El pabellón de quienes, despreciando nuestro pasado «a lo divino» y considerando la política de los Austrias como un dilatado y desastroso error, gustaron de afirmar que España debía imprimir un giro copernicano de ciento ochenta grados a su política y a los resortes todos de su vivir para, abandonando un armazón de ideas y actitudes que ellos consideran caducos, y tras el oportuno e ineludible *mea culpa,* integrarse en la civilización revolucionaria de la era moderna. Estos hombres serían decididamente «europeizantes», detractores de nuestro pasado desde ópticas ideológicas diferentes, pero siempre adversarios encarnizados de una concepción cristiana de la vida.

Primero fueron los ilustrados del siglo XVIII, admiradores fervorosos del racionalismo laicista de Europa y lectores de Voltaire, Montesquieu o Rousseau; después, los afrancesados, que vieron en

Fundación Speiro

Napoleón y en su ejército invasor una vía de regeneración posible de España mediante su integración en el Nuevo Imperio, ámbito de eficaz difusión de las ideas de la Revolución francesa; más adelante, claro está, serían europeístas la pléyade inmensa de nuestros liberales decimonónicos y los más recientes partidos demócratas o marxistas.

Estos hombres, en sus escritos, que podrían inscribirse como un capítulo de primerísima importancia en el bagaje de la leyenda negra —acuñada en un principio y jaleada siempre desde fuera de nuestras fronteras, pero continuamente enriquecida desde dentro—, y de los que no podemos trazar aquí ni siquiera un somero bosquejo histórico por ser material no censado adecuadamente y, en todo caso, amplio en exceso para el estrecho límite de este trabajo, acumulan críticas brutales contra nuestra política católica y anti-revolucionaria y contra sus consecuencias ruinosas —según ellos— en todos los órdenes.

Conviene, sin embargo, que aludamos a un grupo intelectual que conoció su momento de apogeo en el último tercio del pasado siglo, y cuyas formulaciones doctrinales sirvieron de inspiración, o de trasfondo ideológico, a varias generaciones de intelectuales cuyo pensamiento ha incidido de forma decisiva en nuestra historia contemporánea. Me refiero, claro está, a la célebre Institución Libre de Enseñanza, tan traída y llevada hoy por quienes ven en ella un modelo de intento regeneracionista a usanza laicista y revolucionaria. En su seno, las tendencias europeístas anteriores encontraron su más acabada expresión en un europeísmo con pretensiones de amplios vuelos que irradia, sin otras variaciones que algunas de matiz, hasta nuestros días (22).

(22) V. Palacio Atard, en su prólogo al jugosísimo libro de M.ª Dolores Gómez Molleda: *Los reformadores de la España contemporánea,* Madrid, C.S.I.C., 1966, sitúa a la Institución Libre de Enseñanza en su exacto contexto cuando relaciona a sus miembros y al krausismo español en general, con el Kulturkampf europeo. «Eran dos conceptos de la vida que se enfrentaban con violencia, porque uno de ellos se alzaba ahora para barrer al otro: la concepción inmanente de los reformadores frente a la concepción católica. Una y otra se excluían... junto a la "intolerancia inquisitorial" que denunciaban los unos, Menéndez Pelayo denunciaba con no menos motivos la "intolerancia de la impiedad"» (pág. XXV).

Fundación Speiro

Los hombres de la Institución Libre de Enseñanza se plantearon —algunos de ellos, sin duda, con sinceridad y honradez— el problema de aquella España del siglo XIX, estancada en muchos sectores e internamente dividida, que a ellos les había tocado conocer. Pretendieron reformar al hombre español creando un tipo nuevo que estuviera libre de lo que a ellos se les antojaba como atavismos característicos de la raza hispánica y difiriese radicalmente del espécimen «castizo africano, incivil y belicoso» que —según expresión de Francisco Giner de los Ríos, animador principal de la Institución— creían ver ellos por doquier (23).

Los ideales de los institucionistas —esencialmente moralizadores y de pretensiones reformistas— tuvieron, como fuente de inspiración y telón de fondo, una concepción de lo sobrenatural del universo todo y del hombre que se basaba en el pensamiento de un filósofo alemán de poca monta, Krause (1781-1832), que ni siquiera en su patria había gozado de excesivo predicamento y que, a la sazón, resultaba ya francamente anticuado.

La obra de Krause había sido conocida en la Península merced a las traducciones y adaptaciones que de ella había realizado, a mediados de siglo, un profesor universitario de talante liberal y pretencioso, don Julián Sanz del Río, que había creído ver en el pensamiento del filósofo alemán una posibilidad de renovar el panorama filosófico español, desde luego poco brillante a mediados del siglo XIX. Se trataba de una concepción netamente anticatólica y antieclesiástica —y, por ende, atractiva *a priori* para el liberalismo laicista español, carente hasta entonces de bases doctrinales sólidas (24)— que tenía

---

(23) Giner, en sus *Ensayos sobre Educación*, muestra una actitud radicalmente negativa hacia sus contemporáneos españoles. Según él, cualquier intento de regeneración debería comenzar desde cero para después elaborar un hombre nuevo y unas formas de vida totalmente nuevas también, «una vida europea, racional, libre, bien equilibrada, propia de seres humanos» (cit. por Gómez Molleda, *op. cit.*, pág. 66). Estas breves palabras, definición de un porvenir soñado en contraste con un pasado execrable, compendian de forma ilustrativa las coordenadas mentales de Giner y de la I. L. de E. en torno al tema que nos ocupa.

(24) M. Pelayo ha observado acertadamente que los krausistas dieron

Fundación Speiro

como punto de partida una idea de Dios puramente inmanente. Los krausistas veían en Dios, al que designaban con nombres tales como «Espíritu» o la «Razón única», tan sólo el fondo misterioso y despersonalizado del universo que, según ellos, accede a la conciencia de sí mismo en el hombre.

Las religiones confesionales aparecían a los ojos de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza como un grave atentado contra la humanidad, en la medida en que —para ellos la cosa era evidente— tendían a romper la armonía que debía reinar entre el hombre, la naturaleza y la razón. El «mito armónico» era uno de sus dogmas preferidos, remedio único, según ellos, para liquidar definitivamente las luchas internas que desgarraban desde hacía siglos a los españoles, estorbando cualquier posibilidad de progreso (25).

De entre todas las religiones, la que había traído consigo unas secuelas más nocivas en la historia de la humanidad, y sobre todo en la de España, era la católica, en la medida en que había sepultado la doctrina de Cristo en un siniestro dogmatismo incompatible con el desarrollo de las potencialidades del hombre.

María Dolores Gómez Molleda observa atinadamente que «hay en Giner, como en sus discípulos, una visión tétrica del Cristianismo como religión encapotada, triste, negadora de los goces sanos y legítimos, perpetua imponedora de una perdurable penitencia ascética e implacable anunciadora de la muerte; esencial enemiga, al fin, de la naturaleza y de la vida e indirecta causante, con su crítica desdeñadora de lo humano, del empobrecimiento de la raza» (26).

Giner fue un hombre que «se tomó completamente en serio la tesis de las "cortapisas" que la fe impone a la razón, interpretando

---

fuste y contenido doctrinal al liberalismo español de la primera mitad del siglo XIX contribuyendo con ello a enconar las pugnas políticas que asolaban la vida española.

(25) «El dogmatismo metafísico de las religiones que da, en fórmulas, soluciones definitivas al problema de la realidad y de la existencia, detiene el progreso de la especulación y petrifica el pensamiento», enfoque de un destacado miembro de la I. L. de E., Adolfo Prada. (Cit. Gómez Molleda en *op. cit.*, pág. 67.)

(26) Gómez Molleda, *op. cit.*, pág. 72.

Fundación Speiro

como revelacionismo a ultranza la doctrina de la Iglesia en este punto» (27).

Reformar al hombre español, para arrancarle de la presente postración y proyectarle hacia el futuro, implicaba, ante todo, liberarle de las garras de la Iglesia e insuflarle un espíritu nuevo, abierto al mundo, tolerante con las realidades existentes en su entorno y capaz, por vez primera, de romper las ataduras que tradicionalmente habían maniatado su razón (28). En resumidas cuentas —apunta María Dolores Gómez Molleda—, la «neutralidad religiosa» propugnada por los hombres de la Institución Libre de Enseñanza como ideal educativo significaba, «más que respeto hacia todas las confesiones, desconfianza fundamental hacia una sola, la católica» (29).

Pues bien —y recogemos aquí el hilo de nuestra exposición—, los hombres de la Institución Libre de Enseñanza elaboraron una teoría de la historia de España, de su pasado y de su razón de ser en el porvenir, en consonancia con el esquema de ideas que acabamos de resumir: una interpretación hipercrítica, despiadada, con lo que hasta entonces —desde una perspectiva cristiana inadmisible para los institucionistas— eran consideradas grandes glorias de nuestro quehacer histórico y en la que todos los tópicos de la decadencia española, ya

---

(27) Gómez Molleda, *op. cit.*, pág. 68.

(28) M.ª Dolores Gómez Molleda ha puesto de relieve este aspecto fundamental de la *Weltanchauung gineriana:* «para los krausistas —nos dice— no hay verdadera reforma del hombre que no tenga que empezar por aquí, por la exclusión de las religiones confesionales. El hombre español, para ser verdaderamente hombre, tendrá que vivir la religión de otra manera que hasta ahora, si ha de vivir en paz consigo mismo y ha de dar libre curso a su razón, si ha de asentar en paz y concordia unas relaciones sociales. En este principio de la neutralidad religiosa se basará en realidad toda la construcción armonizadora y emancipadora de lo humano que se pretende llevar al orden individual y colectivo español (Gómez Molleda, *op. cit.*, pág. 64). También: «para don Francisco, la tolerancia —contrapartida de la intransigencia que rompe todo vínculo de humanidad— es la suprema virtud moral. Se estima a la tolerancia de gran necesidad para el hombre español, tarado por el vicio de la intransigencia fanática, en la que la educación secular le ha formado». (Gómez Molleda, *op. cit.*, pág. 70.)

(29) Gómez Molleda, *op. cit.*, pág. 258.

Fundación Speiro

viejos en esas fechas, aparecen por vez primera «intelectualizados» y presentados como un todo coherente.

Era inevitable que Giner de los Ríos y toda la pléyade de sus discípulos —para quienes el catolicismo español y, en general, los ideales que habían configurado la Cristiandad medieval eran una muestra acabada de fanatismo deshumanizador— vieran en el pasado español, en la Reconquista o en las grandes gestas de la época de los Austrias, un multisecular error que, al prolongarse en el tiempo sin atisbos de enmienda, había llevado a nuestro país a la situación ruinosa en la que, siempre según ellos, España se hallaba sumida a la sazón.

El pensamiento gineriano, insuflado hasta el tuétano de krausismo, serviría de cañamazo a los planteamientos históricos de dos generaciones —los hombres del 98 y la generación del 27—, la casta intelectual que desgarró, conmoviéndola hasta los cimientos, la España del primer tercio del siglo XX para luego llevarla a la República y a la guerra. Podemos resumirlo —si recurrimos a apretada síntesis— en dos puntos esenciales:

1. Un sí a la «tierra madre española», al trasfondo intrahistórico de nuestro ser, en quien ellos, proclives siempre a un panteísmo naturalista, veían una indefinible potencialidad vivificadora, ajena, ya que no comprometida en el decurso histórico visible, a las tragedias y sinsabores del pasado hispánico. Los institucionistas y sus discípulos se evadieron con frecuencia hacia una especie de comprensión subhistórica, la «intrahistoria» de nuestra patria, tema éste tan caro a los hombres del 98, herederos en esto y en mucho más, de la Institución Libre de Enseñanza (30).

2. Un no radical y terrible a toda la suprahistoria española, tejido de errores sin cuento que, a lo largo de siglos, se habían engarzado en una trayectoria equivocada, sólo explicable por una visión irracionalista del mundo, óbice principal a nuestra necesaria inserción

(30) «Los grandes hechos de nuestro pasado, de los cuales los españoles deben vanagloriarse, son para don Francisco grandes vergüenzas. Giner pedirá a los historiadores (...) que penetren en esa capa profunda intrahistórica, desdeñando como insustancial lo externo del acontecer histórico». (Gómez Molleda, *op. cit.*, pág. 103.)

Fundación Speiro

en las corrientes espirituales vivificadoras del mundo moderno. «De la suprahistoria española, don Francisco Giner de los Ríos no quería saber nada». España era para él —que hablaba con desdén del «fastidioso Felipe II»— «un pueblo amputado de la historia —de la historia general progresiva de los demás pueblos— hace más de tres siglos...» (31). Nuestras glorias del pasado —Pavía, Lepanto u Otumba— producían horror a los hombres de aquel cenáculo elitista que fue la Institución Libre de Enseñanza, y veían en ellas tan solo una pura vanidad destinada a adormecernos. Fueron ellos quienes elaboraron la tesis del «desviacionismo histórico», desarrollada después por intelectules y ensayistas del siglo XX.

La actitud de los institucionistas ante el mundo europeo de allende los Pirineos resulta fácil de comprender si tenemos en cuenta lo dicho hasta ahora. España debía romper decididamente con las amarras de su pasado de fanatismos y eliminar las cortapisas —la tutela eclesiástica y la inspiración confesional de sus actitudes vitales— que le habían apartado, hasta entonces, de Europa y buscar en ella, fuera de sus propias fronteras, la única regeneración posible. No sueñe España —diría Giner— «con que otros la levanten sin ella..., pero tampoco sueñe levantarse por sí sola..., sino que ha de encomendarse a un tutor, resignarse, sufrirlo y comenzar a su amparo otra nueva fase de su desarrollo...». «No nos salvaremos —llegó a afirmar sin disimulos— sino así: por la imitación extranjera» (32). Como indica López Morillas, los institucionistas quisieron identificar a España con la visión europea del mundo y, de conformidad con tal identificación, trataron de «orientar la cultura española en dirección al racionalismo, que campeaba en Europa desde el siglo XVIII» (33).

Conclusión.

Vistas así las cosas, y teniendo en cuenta lo dicho hasta ahora —es decir, la inserción de la historia de España en una concepción de

(31) Gómez Molleda, *op. cit.*, pág. 108.
(32) Gómez Molleda, *op. cit.*, pág. 130.
(33) López Morillas: *El krausismo español*, Fondo de Cultura, 1956.

Fundación Speiro

la vida heredada de la Cristiandad y mantenida hasta tiempos recientes, y la presencia en nuestra patria, hoy sofocante, de una orientación europeísta que se avergüenza, por liberal y laicista, de ese pasado—, la raíz del problema de las relaciones España-Europa resulta fácil de comprender y valorar.

El europeísmo de hoy —igual que el de ayer— no es, en general, y salvo excepciones de ponderación ejemplar que no han menudeado en nuestra historia, un buscar fuera el complemento útil desde la perspectiva humilde y prudente de quien, con conciencia tranquila y amor a lo propio, aspira a enriquecer su personalidad con el aporte ajeno. Es algo muy distinto: implica una actitud radical y negativa, la repulsa sin tapujos de lo que España ha sido o querido ser a lo largo de su historia.

De aquí que quienes creemos que el devenir histórico de las comunidades humanas no es un quehacer de rupturas, sino un proceso acumulativo, y por fe y razón nos sentimos orgullosos de la trayectoria histórica española, por la medular inspiración católica de sus líneas maestras, debemos oponer un no radical y rotundo hacia esas actitudes de disolvente despego de lo propio y a la concepción de la vida que llevan implícitas en su seno.

Fundación Speiro